



EDICION DE LUJO. — Dos reales AL RECIBIR EL NÚMERO.	DIRECTORA, LA BARONESA DE WILSON. — EDITORES PROPIETARIOS, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.	EDICION ECONOMICA. — Un real AL RECIBIR EL NÚMERO.
Año I.	Madrid 21 de Noviembre de 1871	Núm 7.

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—Carta de Fernan Caballero.—La Presuncion, por Teodoro Guerrero.—Exposicion nacional de Bellas Artes, por F. Lopez Echegarreta.—El Pregonero, (tipos de Aragon.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Revista de teatros, por E. Rodriguez Solis.—Explicacion de los grabados.—Variedades.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

La moda, bellas lectoras, parece que tiende á la sencillez, es decir, á no ostentar tantos adornos exagerados, que hacian aparecer á la mujer vestida siempre como para reuniones ó bailes.

Sobre todo, tratándose de trajes para la calle, debe ostentar la verdadera señora, y haciendo alarde de buen gusto, vestidos que no llamen la atencion más que por su corte y forma irreprochables, y por sus colores poco vistosos, no siendo en los destinados para carruaje.

Siempre me ha parecido ridículo que una señora ó señorita luzca á pié, y no siendo en un paseo, vestidos y adornos que estarian perfectamente en un salon, pero que en la calle acusan pretensiones de mal gusto, por lo que aconsejamos la sencillez unida á la distincion.

Para asistir á misa, visitar tiendas, hacer compras, es decir, en fin, como vestido para las primeras horas de la mañana, creemos sumamente á propósito primera falda de tar-

tan valencia, segunda de lo mismo, con la cenefa y fleco que tienen esa clase de telas: la sobrefalda drapeada, corpiño alto con postillon y paletó semi-ajustado; este traje es elegante y sin pretension alguna.

Tambien como modelo á propósito, puede emplearse una falda de seda negra con un ancho volante tableado y sobrefalda; túnica formando paletó recto, empleándose para ese caso tela listada, café y negro gris oscuro, violeta ó azul oscuro; el corpiño del vestido formando chaleco, porque es de más abrigo en la estacion presente.

Paño ó cachemir doble son las telas más adecuadas para paseo de invierno, y para carruaje la felpa y el terciopelo.

Un modelo precioso es el que á continuacion describimos.

Falda con un volante de tablas anchas y profundas, y con tres bieses adornados con soutache; túnica larga drapeada con adornos de soutache, así como el corpiño; manga muy ancha y forrada con seda blanca. El sombrero era de terciopelo granate, igual al color del vestido, y adornado con raso, terciopelo y rosas pálidas y grana; puños y cuello de batista á la religiosa, y botas de paño satin con punteras de chagrin; un manguito de piel de marta con fleco de lo mismo y cabecita y corbata igual, completaba el traje, que era distinguidísimo y de una elegancia notable.

Otro lindísimo vestido de invierno era de paño azul oscuro, con el que va perfectamente un sombrero de castor gris adornado con plumas, y tambien de terciopelo negro, con flores de terciopelo; un sombrero negro debe tenerse siempre, por más que para trajes de visita se necesite uno de color.

Despues de estos trajes de abrigo, los hay de faya, paño de seda y gró negro, que se llevarán mucho este invierno, porque nada hay más severo y de suprema distincion que un vestido negro adornado con encajes y terciopelo; la falda de

semicola, y la túnica muy larga y con bastante vuelo para recogerla hacia atrás; el encaje blanco es de muy mal gusto para trajes de paseo ó visita, y las telas de color se guarnecerán con chantilly ó guipur. Para abrigo, despues de la casaca túnica de terciopelo formando segunda falda, y que es indispensable para vestir, queda el paño bordado, el castor y el cachemir.

De esta última tela pueden hacerse los bonitos gabanes húngaros, forrados con seda y entretelados, adornados con bordados ó pieles, y propios para los trajes de mañana y de confianza.

Los impermeables pueden hacerse de paño azul oscuro, guarnecidos con trencillas anchas y cordones.

Para trajes de casa y para por la mañana, aconsejaremos el tartan, adornado con terciopelo negro, glase ó cachemir picado; de más lujo aún, será una bata de cachemir forrada de seda y con anchas bandas de felpa.—Patrones para este modelo y tela á propósito, encontrarán nuestras lectoras en la administracion de EL ÚLTIMO FIGURIN.

Para recibir de confianza, se utilizarán los vestidos ya un poco usados para la calle y con una sobrefalda y un fichú ó corpiño de encaje, se improvisa un traje elegante, porque para conservar los vestidos de calle y visita en buen estado, debe evitarse usarlos en casa; de este modo con ménos puede aparentarse más.

He visto algunos graciosos trajes para teatro, comidas y reuniones.

Uno de ellos era de faya blanca y terciopelo negro, con sobrefalda-túnica Walteau, como nuestro figurin iluminado, tercera figura. Esta túnica puede ser de encaje azul celeste con volantes de gasa y blonda blanca. Hemos admirado un traje para recepcion y comida de etiqueta; formaba cola, alternando los volantes con unas graciosas conchas de gasa verde y blonda.

La túnica, un poco corta, formaba cola, era corta por delante y abierta en los costados, con anchas solapas de blonda, y por detrás como cascadas de gasa y blonda; el corpiño era abierto, dejando ver un precioso chaleco de blonda con guarniciones; el collar y pendientes eran de perlas, y en los cabellos lucia la elegante dama una camelia blanca.

II.

¡Cuán elegante y rico nos ha parecido el modelo de un abanico para chimenea francesa! Vamos, pues, á describirlo: El armazon es de bronce cincelado, y el fondo es de cachemir punzó bordado con sedas de colores; el centro figura una estrella, y los rayos están formados con hilo de oro: los troncos del follaje que la rodean son de hilo de oro, y las hojas están bordadas al pasado con seda violeta, y blancas las venas; los contornos con soutache negro y con puntitos de oro.

Las guirnalda son verdes, y con seda blanca bordadas las margaritas, con la semilla de oro: en los ángulos se ve una flor de cuatro pétalos, de seda azul, con venitas de oro, y formando el fondo un enrejado de seda negra y oro; va forrado con seda blanca, un poco entretelado: dos borlas de seda y oro forman el adorno del extremo que sujeta el abanico al baston dorado.

Para que esta labor haga bellissimo efecto, es preciso que se sepan escoger, tanto los puntos de color, cuanto tener el mayor cuidado con todos los detalles.

Con el último número de este mes repartiremos á nuestras lectoras que los tienen solicitados los patrones para muñecas, y en ellos irá marcado un dibujo de soutache, fácil para las infantiles manos que deben ejecutarlo, para acostumbrarlas y dar más novedad á esos patrones.

La Baronesa de Wilson.

Copiamos á continuacion una notable carta de la ilustre Fernan Caballero, y una lindísima fábula del autor de *Leciones familiares*, á quien se dirigen tan justos elogios:

Sr. D. Teodoro Guerrero.

Mi buen amigo: doy á usted las gracias por su libro *Leciones familiares*, y despues de haberlo leído, la más sentida enhorabuena por ser el autor de esta obra, que una vez más

viene á probar á los incautos y á los mal intencionados cuán perfectamente se unen la cultura y el saber, con las santas doctrinas cristianas, que son las legítimas fuentes de aquellas.

Valeroso contra las preocupaciones vulgares, que la impiedad ha esparcido sin cortapisas, dice usted en sus escritos, así como lo prueba en su vida privada, que el ideal del hombre en este mundo es el que forman los divinos preceptos religiosos, que hacen al buen hijo, al buen marido y al buen padre, que constituyen la familia, base de la sociedad humana.

No añado más, porque cuanto yo pudiera decir lo han dicho ya magistralmente el Sr. D. Joaquín Santos Suarez, en nombre de la Junta superior de Instrucción pública de Cuba, y el Sr. D. José María Lluch, en nombre de la de Puerto-Rico, así como el prólogo de la señora doña Luisa Perez de Zambrana. Mi insignificante opinion, despues de aquellas tan autorizadas, es como un débil reflejo respecto de la luz. Lo que si haré de todo corazon es dar la enhorabuena á su padre, mujer ó hijos, por serlo de quien tan noble, sentida cristiana manera sabe ser hijo, marido y padre.

De usted su más amiga y S. S. Q. B. S. M.

Fernan Caballero

Sevilla 24 de Octubre de 1871.

LA PRESUNCION.

Un erguido pensamiento exclamó:—«Llevo en mi nombre todo el orgullo del hombre, pues simbolizo el talento. No codicio la frescura de la camelia donosa, ni tengo envidia á la rosa, que es reina de la hermosura. ¿De qué le sirve al jazmin su aroma que desvanece, si á mi lado palidece? Yo soy el rey del jardín.» Su hinchado razonamiento un tulipan grave oyó, y con tono serio habló de este modo al pensamiento: «—Solo el talento, no brilla; si quieres ser apreciado debes estar enlazado con la violeta sencilla.» «—¡Me basto solo!»—Tu intento nunca logrado has de ver; siempre hermanos han de ser la modestia y el talento.»

Guarda el propio galardón para que el mundo te alabe, que brilla poco el que sabe cuando tiene presuncion.

Teodoro Guerrero.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

III.

De los cuadros presentados por don Francisco Domingo y Marqués, dos son los que merecen preferentemente nuestra atencion: el *Ultimo dia de Sagunto* y *Santa Clara*. Ocupémonos del primero.

Muerto Asdrúbal, sucedióle en el gobierno de España su cuñado Aníbal. Era este joven de veintiseis años, codicioso de honra y de grande atrevimiento. Prevenido por la desastrosa muerte de Asdrúbal, trató de ingeniarse para hacer la guerra á los romanos, pareciéndole el medio más expedito acometer á los saguntinos en venganza de las injurias que habian hecho á sus aliados y amigos. Para dar color á esta empresa, persuadió á los turdetanos que sobre los mojones moviesen pleito á los de Sagunto, pues tenia por cierto que

de aquellas diferencias resultaría ocasion bastante para acometer su empresa.

Así sucedió; pero los saguntinos, viéndose más débiles que el enemigo, y confiando más en la amistad de los romanos que en sus propias fuerzas y su clara justicia, despacharon á Roma embajadores que expusieran ante el Senado lo crítico de su situación. El Senado envió embajadores á Aní-

bal; mas este los recibió con arrogancia y los despidió en seguida.

Apenas marcharon los embajadores, dirigióse Anibal sobre los saguntinos con un ejército de ciento cincuenta mil hombres. Después de talar los campos y de saquear varios pueblos, se presentó ante los muros de Sagunto, plaza fuertísima por su sitio y por sus murallas y baluartes.



Empezó el ataque por la parte más baja y la más débil al parecer; pero habiéndose acercado Anibal á la muralla, una lanza que le arrojaron desde el adarve le atravesó el muslo, lo cual fué causa de que se suspendiera el ataque en tanto que se curaba la herida.

Los saguntinos aprovecharon esta tregua para enviar nuevos embajadores á Roma. Entre tanto, Anibal sanó de su herida y continuó con tanto brio el ataque, que en poco tiempo

echó al suelo tres torres con todo el lienzo de muralla que entre ellas estaba.

Dióse el asalto; pero los de Sagunto, embravecidos con el peligro, rechazaron al enemigo, persiguiéndole hasta sus propios reales.

Furioso Anibal por este desastre, juró apoderarse de Sagunto, costara lo que costara; al efecto, hizo levantar una torre de madera, que acercaron á la muralla, y desde ella con

lanzas y flechas acosaban á los de la ciudad. Entre tanto, otros combatientes echaban por tierra una buena parte de la muralla, y con esto pudo el enemigo entrar en la ciudad á fuerza de armas. Los saguntinos, con la esperanza del socorro que de Roma se prometían, retiráronse al interior de la ciudad, haciéndose fuerte detrás de un muro que á toda prisa levantaron, y que juntaba el terreno que les quedaba con el castillo.

Pero al fin este castillo cayó en poder de Aníbal, con lo que Sagunto quedó totalmente desamparada.

Viendo esto un español llamado Alorco, se metió en la ciudad por la batería, y reuniendo á los principales ciudadanos, les anunció las condiciones que Aníbal imponía para la paz, y que consistían en desamparar la ciudad con las ropas que llevasen puestas y fundar un nuevo pueblo en los campos que el vencedor les señalara: dijoles que no considerasen lo que perdiesen, sino que tuviesen por ganancia lo que les dejaba, pues la vida, la libertad y la riqueza, todo estaba en poder del vencedor.

La indignación del pueblo no conoció límites al saber tales proposiciones, y muchos ciudadanos, poseídos del más vivo coraje, reunieron en la plaza cuanto poseían, la pusieron fuego, y en la misma hoguera se echaron ellos, sus mujeres y sus hijos, determinados á morir antes de entregarse.

En aquel momento, el último obstáculo que se levantaba ante las huestes de Aníbal cedió á su empuje, entrando los soldados en la ciudad, que ardía toda en viva llama. Los moradores fueron pasados á cuchillo, sin hacer diferencia de sexo, estado ni edad. Muchos, por no verse esclavos, se ensartaban en las espadas enemigas; otros pegaban fuego á sus casas y se encerraban en ellas, y de este modo, al cabo de ocho meses de cerco, fué destruida aquella nobilísima ciudad.

Los horrores de este cuadro y el noble heroísmo de aquellos mártires de su independencia, es el asunto elegido por el Sr. Domingo para su lienzo, titulado «El Último día de Sagunto.»

Como se ve, la empresa es atrevida; mas el genio del autor la lleva á cabo, si no con un éxito completo, al ménos con gran maestría y soberbia inspiración.

El campo se encuentra cubierto de cadáveres: algunos heridos luchan con la agonía de la muerte, y otros, vivos aún, se defienden ó se matan, estrechados por los brazos de la esposa ó del niño inocente. Entre tanto, un carro romano, sustentando al vencedor y arrastrado por dos briosos caballos, asoma por la derecha con precipitada carrera, arrojando cuanto á su paso encuentra y sembrando la muerte entre los que aún permanecen vivos. Toda esta escena desoladora se destaca en los primeros términos y se confunde en los últimos con un fondo atrevido, mezcla de humo, polvo y astillas encendidas, de un efecto admirable.

No puede negarse que la composición de este asunto interpreta fielmente el momento histórico elegido por el señor Domingo. Sin embargo, poco hemos de poder decir de él, porque sus condiciones de ejecución están lejos de ser un cuadro completo y acabado.

«El último día de Sagunto,» no es en dibujo más que un croquis y en color un boceto, si bien algún tanto concluido.

Así es, que las piernas de los caballos son pequeñas, y una de ellas parece rota por la segunda articulación; todas las figuras que están tendidas en el suelo son muy largas, y el personaje que se ve á la izquierda con las manos en la cabeza, tiene confundidos la cara con el cuello, hasta el extremo de no saber dónde concluye la una ni dónde empieza el otro. Por todos estos defectos y otros muchos que no enumeramos, insistimos en que el cuadro del Sr. Domingo, como dibujo, no es más que un croquis, de mano maestra, sí, pero al fin un croquis.

Otra cosa es en la parte de colorido. Metido el cuadro en color con una limpieza admirable de tintas, es sumamente agradable la variedad y la armonía al mismo tiempo con que estas se combinan, produciendo sorprendentes efectos de contrastes y de luces.

Nada diremos de los detalles, porque sería el cuento de nunca acabar si tratáramos de poner de relieve las innumerables bellezas que ellos contienen. Por ejemplo: el bra-

zo del personaje que con vigorosa mano se lanza sobre las riendas de los caballos y los detiene en su carrera, no está dibujado, ni aun siquiera está modelado, y sin embargo, sus contornos, la leve indicación que el autor ha hecho de los músculos y la posición de todo él, revelan de un modo claro y preciso el poderoso esfuerzo que hace aquel infeliz para salvar á su esposa y á su hijo de las patas de los caballos y de las ruedas del carro.

La expresión de las fisonomías en los diversos personajes, está perfectamente estudiada. La rabia, el dolor, la desesperación y el desaliento, se retratan en los diferentes rostros, según los grados de arrojo ó debilidad de cada uno.

Pero lo que es verdaderamente de mano maestra, es el fondo sobre que destacan las principales figuras. Ya lo hemos dicho: este fondo es una mezcla exacta y verdadera de polvo, humo y de restos encendidos que la fuerza de las llamas lanza á la atmósfera, empañada con las cenizas de cien hogueras. Esta parte del cuadro por sí sola expresa todo lo triste de la situación. La muerte, el incendio, la guerra; en una palabra, la destrucción en toda su horrible grandeza, se refleja en aquel fondo tan pronto oscuro y sombrío, como brillante y coloreado por los siniestros resplandores del fuego que consume la ciudad y sus riquezas.

A pesar de todo, bien quisiéramos dar un consejo al señor Domingo, y hemos de dársele, á trueque de no ser oídos. El Sr. Domingo es todo un artista, tiene gran genio y maneja el color con gusto y maestría; además, nos consta que sabe dibujar, y por lo tanto, podemos decir que posee las dotes necesarias para figurar entre los primeros, y ¿quién sabe?... Así pues, no es imperdonable en artista tan idóneo, que por presentar más de un cuadro en la Exposición eche mano al primer boceto que encuentre colgado en las paredes de su estudio, y sin más aliño, en perjuicio de su fama, le meta en color y le concluya un poco, á fin de darle las apariencias de un cuadro estudiado y puesto en obra concienzudamente.

Seguramente que si el Sr. Domingo se hubiera contentado con presentar en la Exposición su cuadro de Santa Clara, no por eso hubiera pasado por ménos artista de lo que es. En cambio, «El último día de Sagunto» le hubiera podido servir de boceto para otro lienzo magnífico, del que podría haber sacado más gloria y más provecho.

Por esta razón, la fama que el Sr. Domingo adquiera en esta Exposición, la deberá sin disputa á su *Santa Clara*, ante cuya creación artística es muy posible que los amantes del arte pictórico olviden las bellezas de «El último día de Sagunto.»

Representa el autor á Santa Clara, arrodillada ante un reclinatorio, cruzadas las manos sobre el libro que tiene abierto delante de sus ojos, y la vista fija en la Hostia, que se le aparece alumbrada, más por la aureola que la rodea que por la escasa luz que arroja la débil llama de una lámpara colocada encima del reclinatorio. A los pies de la Santa, dos libros y una azucena yacen tirados en el suelo, junto con unas disciplinas. El fondo se pierde en la oscuridad del recinto.

Es un perfecto modelo de dibujo cuanto en este cuadro está representado. Hay tanta verdad en los perfiles, tanta naturalidad en los pliegues del vestido de estameña, que no puede pedirse más.

Pero lo verdaderamente notable es la riqueza de tonos con que el artista ha producido los sorprendentes efectos de que está sembrada la composición. Más de una vez, al contemplar tanta variedad de tintas uniéndose para producir una entonación uniforme, nos hemos acordado del inmortal Goya. Y en efecto, el rostro de Santa Clara no tiene dos pinceladas iguales. Y esto mismo que se ve en el rostro, se observa también en los ropajes, en los libros, en la azucena y en el fondo.

Nada diremos de aquella fisonomía pálida y demacrada por la abstinencia y el ascetismo, pero al mismo tiempo dulce y tranquila á pesar de la sorpresa que le causa la inesperada aparición de la Hostia. Aquel rostro es el estudio más profundo y más inspirado que hemos tenido ocasión de admirar en la exposición.

El fondo es del estilo del de «El Último día de Sagunto,» pero si cabe más fantástico, más aéreo. Desde luego la dificultad es aquí mucho mayor, porque no puede haber la ri-



HEMEROTECA
MUNICIPAL



EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11. — MADRID.

7271

queza de colores que la ceniza, el humo y el polvo, reflejando los resplandores del incendio, permitían en el otro. Pero esta nueva dificultad no ha sido para el artista un obstáculo insuperable; todos los pensamientos y la vida de la santa se ven retratados en aquel fondo valiente y seguro. Porque no es el color más ó menos oscuro de una pared, ó

el ambiente puro y trasparente de un cielo, lo que hace destacar la figura severa de la santa, sino una gran masa de aire, que con la falta de luz y la distancia va perdiendo su trasparencia, va borrando los contornos, y concluye por oponer á la vision la carencia completa de luz; en una palabra, el fondo representa la oscuridad absoluta, pero una oscuri-



EL PREGONERO (TIPOS DE ARAGON).

dad que se ve á lo lejos á través de la penumbra producida por los débiles rayos de luz que aún no han perdido toda su fuerza.

No tememos equivocarnos: el Sr. Domingo ha rayado en lo sublime en esta hermosa produccion de su genio inspirado y profundo. Pero así como no tememos exagerar al hacer esta

afirmacion, tampoco nos parece fuera de la verdad que el señor Domingo no conoce lo que vale.

De dos grandes males pecan muchos artistas: de la vanidad y del desconocimiento del propio valer, que no es la modestia: el Sr. Domingo peca de este último, y es lástima, porque si se empieza desconfiando de sí mismo, el resultado in-

mediato es el desaliento. Bueno es ser modesto, que esta cualidad hace grandes á los pequeños; pero es preciso no descender de la verdadera modestia para no caer en una exageracion perjudicial.

Otro consejo, y será el último, quisiéramos dar al señor Domingo, y es que se decida á pintar cuadros de composicion en mayor tamaño. Es muy frecuente que los artistas acostumbrados á dibujar al décimo del natural, al tratar de ensayarse en lienzos de mayores dimensiones, pierdan todas las proporciones que antes tenían y produzcan de este modo figuras disformes. Sin embargo, á nosotros se nos figura que no ha de pasarle esto al Sr. Domingo, y por eso el consejo que le damos.

F. LOP. Z. ECHEGARRETA.

EL PREGONERO (TIPOS DE ARAGON).

Decimos de Aragon, cuando en realidad debiéramos decir de España. El pregonero es, en la mayoría de nuestras pequeñas poblaciones, el personaje más importante: á él se encarga la lectura de un bando; á él el anuncio de alguna grave disposicion, ó el establecimiento de una nueva industria; él participa á los vecinos desde la proclamacion del estado de sitio, hasta la solemne festividad religiosa; desde el parte de alguna victoria alcanzada por nuestro ejército, hasta la pérdida de algun objeto.

El pregonero es un verdadero monarca, que seguido de su cohorte de chiquillos, al atronador redoble de su tambor ó al agudo sonido de su corneta, recorre todo el pueblo participando á sus conciudadanos todo lo más importante y grave de la política, la administracion, la conveniencia ó la necesidad.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

«¡Qué hermosa es la paz del alma!

«Impulsado por un vértigo cuyo recuerdo me espanta, cometí un abuso incalificable.

«Este secreto lo conoces, y no quiero mortificarme refiriendo nuevamente lo que ha podido ser causa de mi completa perdicion, y lo será de mi dicha, y ahora solamente diré que soy digno de la estimacion de los hombres honrados, que se han abierto mis ojos á la verdadera luz, y que me parecen siglos los instantes que tardé en reparar mis faltas; y como si todo esto fuese poca felicidad, Dios ha querido protegerme y ha triplicado mi fortuna.

«Corre, hermano mio; corre sin perder un minuto, y en mi nombre suplica y pide perdón á la virtuosa mujer á quien ofendí y al desgraciado padre cuyo honor manché tan despiadadamente.

«Magdalena es generosa y me perdonará, siquiera porque mi criminal extravío reconoce por causa la intensidad de mi pasion.

«Mi amor es el mismo, más tierno quizá, y en fuerza de sacrificios sabré hacerla dichosa; pero si ella no puede amarme, si ya no queda en su alma para mí más que el desprecio que merece mi ruindad ó el odio que debe inspirar mi abuso, ruegale que acepte mi mano siquiera sea para poner á cubierto su honor y para dar mi nombre á la inocente criatura que con su existencia atestigua mis maldades; y cuando su honra esté á cubierto y asegurada la suerte de nuestro hijo, desgraciado antes de nacer, la dejaré en paz, viviré lejos de ella para que mi presencia no la atormente, y aceptaré con asignacion mi desdicha.

«Te envío poderes para que en mi nombre lles al altar á

Magdalena, y si su generosidad me perdona, iré para gozar de la dicha que tanto anhelo.

«La esperanza es lo único que sostiene mi existencia.

«Tú me amas y me comprendes, hermano mio... ¡no pierdas ni un solo instante!»

Esta carta, escrita en New-York, no hay que decir que era de don Andrés Gonzalez, del seductor alevoso de la joven infeliz á quien hemos dado á conocer.

Sin otras explicaciones, se comprende perfectamente bien la situacion.

El hermano de don Andrés se llamaba Benigno, nombre que estaba en perfecta armonía con su carácter y los sentimientos de su corazón.

Apenas recibió la carta de su hermano, púsose en camino; pero ¿llegaría tarde?

Aquella misma mañana debia verificarse el casamiento de Magdalena con don Luis de Monreal, y todo dependia de que don Benigno fuese inmediatamente á visitar á don Pedro.

Acababa de amanecer, segun ya hemos dicho, y no parecia esta la hora más oportuna para visitar al anciano.

—Sí,—dijo el viajero despues de haber leído y guardado la carta;—el arrepentimiento de Andrés es verdadero, y aun puede ser dichoso.

Y elevando al cielo una dulce mirada, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio!

Despues de algunos momentos, dijo:

—Tiempo me sobra para cambiar de ropa y aun para desayunarme, porque no me parece bien ir á despertar al noble anciano.

Llamó don Benigno, y mandó que le dispusieran el almuerzo.

Luego abrió su maleta y cambió de ropa.

Dos horas despues miró al reloj.

Eran las ocho.

Parecióle aún demasiado temprano; pero era mucha la impaciencia, y no quería perder ya más tiempo, pues le parecia un crimen detenerse, cuando podia llevar la tranquilidad, el consuelo y la dicha á los que eran muy desdichados.

—Tal vez don Pedro sea madrugador.

Y tomando su sombrero, salió de la posada.

Diez minutos despues llegó á la vivienda del señor de Sandoval.

En los rostros de los criados brillaba la alegría.

En toda la casa advertíase un movimiento inusitado, la animacion consiguiente á un día de solemnidad y de regocijo; pero estas circunstancias pasaron desapercibidas para el hermano de don Andrés.

—¿El señor don Pedro de Sandoval?—preguntó.

—Diga usted su nombre, y le avisaremos.

Don Benigno entregó una de sus tarjetas.

El criado se alejó, volviendo á los pocos minutos y diciendo:

—Por aquí.

El desdichado padre iba á sufrir en pocos momentos más de lo que habia sufrido en toda su vida; iba á pagar bien cara su ofuscacion y su intransigente severidad.

Cadavéricamente pálido estaba el señor de Sandoval, y su mirada se fijó tan temerosa como afanosamente en don Benigno.

Este, por el contrario, dejaba ver en su rostro la más viva alegría.

Cruzáronse algunas palabras corteses, sentáronse, y el anciano preguntó:

—¿Acaso es usted pariente de don Andrés Gonzalez?

—Su hermano.

—¡Ah!...

—Y vengo poseído de un júbilo sin igual.

El padre de Magdalena quedó inmóvil y mudo.

Su frente se contrajo más de lo que estaba.

—Caballero,—dijo el señor Gonzalez despues de algunos momentos,—mi presencia le recuerda á usted sucesos demasiado tristes, y no me sorprende que me mire usted con disgusto; pero sus sentimientos cambiarán bien pronto, porque soy consejero de dicha. En un momento de ofuscacion, de debilidad, de verdadera locura, cometió mi hermano el más criminal de los abusos; pero su conciencia ha despertado, está arrepentido, sufre, y ya que no pueda aspirar á la

dicha de que se ha hecho indigno con su ruin proceder, quiere al ménos remediar en cuanto sea posible los males que ha producido, y cumplir sus deberes.

El señor de Sandoval permaneció inmóvil y silencioso.

Su rostro se desfiguró.

Algunas gotas de sudor frio corrieron por su frente.

Creyó don Benigno que todo esto era efecto natural de una justa indignacion, y prosiguió diciendo:

—Entregaré á usted la última carta que he recibido de mi hermano, á quien se debe compadecer, y cuando la haya usted leído le daré á conocer sus ideas sobre este desagradable asunto.

Sacó el señor Gonzalez la carta, la desdobló y la alargó á don Pedro.

Este, como un autómeta que obedece á sus resortes, tomó el papel.

Leyó.

Su mirada incierta se fijó en don Benigno.

Reinó por algunos minutos un silencio que, en aquellas circunstancias, puede decirse que era espantoso.

Por fin el hermano de don Andrés dijo:

—Espero con ansiedad la resolución.

—No puedo decidir, porque ya ha decidido la fatalidad,—respondió con voz sorda el padre de Magdalena.

—No comprendo.

—He querido salvar mi honor, y no he conseguido más que abusar de la confianza de un hombre honrado; he querido hacer ménos dura la suerte de mi hija, y he labrado para siempre su desdicha.

—Aún no entiendo...

—Es tarde.

—¡Caballero!

—Hace poco más de una hora que mi hija se ha casado.

Púsose de pié don Benigno, y fijó una mirada intensa en el señor de Sandoval.

—No la culpe usted,—añadió éste, cuya voz iba oscureciéndose;—yo la he obligado, invocando mi honor y amenazándola con su propio hijo... ¡Oh!... Ya es tarde, ya es tarde.

—¡Dios misericordioso!—exclamó don Benigno con acento de desesperacion.

Y sin cuidarse de recoger la carta, salió.

Cinco minutos despues, el señor de Sandoval perdía el conocimiento.

Su hija fué la primera que acudió en su socorro.

La carta estaba en el suelo.

Magdalena la tomó y la leyó.

Se la vió vacilar; pero aun pudo hacer el último esfuerzo.

No necesitaba más explicaciones.

Todos comprendieron que la vida del anciano estaba en peligro.

No se equivocaban, porque los médicos fueron de la misma opinion.

A la mañana siguiente, don Pedro de Sandoval habia dejado de existir.

¿Cómo soportaba tantos y tan rudos golpes Magdalena?

Hay espíritus sublimes que no se abaten jamás.

Quince días despues pensó la infeliz que debia tener una conferencia con el hermano de su seductor; pero ¿quién era éste? ¿dónde se encontraba?

La carta no tenia sobre, y por consiguiente, ni siquiera pudo saber la infeliz que el hermano de don Andrés se llamaba Benigno.

Quiso hacer algunas averiguaciones, pero nada consiguió.

Otros quince días trascurrieron, y la justicia se apoderó de todos los bienes que habian pertenecido al señor de Sandoval.

Los temores de éste se habian realizado.

Magdalena probó una vez más toda la energia de su espíritu privilegiado.

Un año pasó.

La hija de don Pedro vivia en Madrid con su esposo.

Otra vez habia sido madre, dándole el cielo una hija.

Cuando el mundo contemplaba á Magdalena rica y hermosa, adorada por su esposo y con el goce infinito de su amor maternal, el mundo exclamaba:

—¡Qué dichosa es!

Empero Magdalena, cuando se encontraba sola en su aposento, ponía las manos sobre su pecho palpitante, exhalaba un penoso suspiro y murmuraba con tono de amargura desgarradora:

—¿Qué diría el mundo si pudiese leer las ocultas páginas del libro de mi corazón?... ¡pobre corazón mio!

Y con el alma rebosando hiel, iba entonces en busca de su tierna hija, la cubría de besos y de lágrimas, pensando á la vez en su primer hijo, á quien estaba reservada la más triste suerte.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ESPAÑOL.—El testamento de Acuña.

Las más encontradas opiniones se manifiestan respecto á esta obra: quién la juzga traducida del francés y representada ya en Barcelona; quién opina que bajo el velo del anónimo se oculta un gran literato; quién la tiene por magnífica, quién por mediana y quién por mala; y quién, por último, asegura que el nombre de D. Cecilio Vegramunte es un anagrama que oculta el de D. Miguel Vicente Roca.

Nosotros, olvidando lo que hemos oído y apartándonos de toda exageracion, creemos que *El testamento de Acuña* es una obra bastante regular, aunque algo parecida, especialmente en la trama y final del acto segundo, á *El tanto por ciento*, y añadimos que el tipo de Luis es un verdadero retrato del Andrésito, de la obra de Ayala; pero aun así la comedia tiene escenas tan originales, tipos tan bien presentados y tan elevados pensamientos, y su autor demuestra un conocimiento tal de nuestra sociedad, que no podemos negarle nuestros sinceros plácemes por la franqueza y el valor con que ha retratado á ciertos personajes tan comunes en nuestros días.

La época que atravesamos es, á nuestro pobre juicio, de verdadera transición en política, en ciencias y arte; pasaron el drama romántico y el histórico, y ha pasado la comedia, para dar lugar al drama filosófico-social, que asoma en la escena de los teatros, como en las columnas de los periódicos y en los bocetos de los artistas; y en prueba de esta verdad, citaremos obras de diversos poetas, que aun sin quererlo, se han visto arrastrados por el espíritu de la época, como lo demuestran: *El tanto por ciento*, de Ayala; *El bandido de levita*, de Rivera; *Moneda corriente*, *Las circunstancias*, *La levita* y *Los niños grandes*, de Gaspar; *Los hombres de bien*, de Tamayo ó Estévez; *El testamento de Acuña*, de Vegramunte; y otras muchas que seria prolijo enumerar.

Sin tiempo ni espacio para tratar este asunto con la amplitud que reclama, pasamos á reseñar el argumento de la obra de que nos ocupamos.

D. Ramon de Acuña, poseedor de una fortuna de 15 millones, fallece sin herederos forzosos, dejando un testamento formado de dos partes: por la primera, y despues de enumerar la avaricia de su hermano Juan, por lo que ni á él ni á su hija Elisa les lega su fortuna; los vicios de su sobrino Luis y el Vizconde; la virtud de su cuñada, á quien por no ofenderla no le otorga sus bienes, lo propio que á su íntimo amigo el célebre abogado D. Manuel de Hiestrosa, ordena que, reunidos los cinco parientes en el término de sesenta días, elijan de entre ellos el heredero, leyéndose entonces la otra mitad del testamento.

Imposible pintar los denuestos de los parientes al difunto, y las inicuas tramas que ponen en juego para obtener cada uno el voto del otro, no respetando para ello ni amor, ni honra, ni ventura.

En el acto segundo se reúnen los parientes en casa de Elena, noble y virtuosa mujer, que en union del abogado Hiestrosa forman el contraste y dan luz al oscuro cuadro en que figuran sus parientes. El Vizconde, que es un calavera, un perdido, se ha casado con Elisa por obtener su voto y el de su padre, quien si se la ha otorgado es por la misma razon, y Luis de Herrera, un seductor, un maldiciente, se hace amante de Elisa para conseguir su voto, y aprovechando el

que ésta habita con Elena, concibe el infame plan de deshonrar á ésta para obtener también su voto, haciendo creer que sus visitas á Elisa son á Elena, y dando lugar á calumniosas suposiciones, que oídas por el honrado Hinestrosa, provocan un lance en que éste hiere al conde de San Rafael, uno de los calumniadores.

Firme en su plan, Luis descubre á Elena que él es el autor de la calumnia, y que no tiene otro recurso para salvarse que unirse á él ó darle su voto. Elena, que ama al honrado Hinestrosa y sabe que es amada, se niega, y Luis lanza otra calumnia contra el abogado, diciendo que si la ama es por sus riquezas y por salir de ciertos acreedores que le acosan. Hinestrosa, que ama verdaderamente á Elena, y que sólo su pobreza le ha detenido, se presenta á ella después del lance, y haciéndose responsable de él, solicita ser su marido, pensando que si es honrada, como él no duda, se negará á ello.

Elena, que ha recibido ya varias peticiones de hombres que por sus riquezas no se detienen al verla calumniada, confunde á Hinestrosa con ellos, y recordando las hablillas de Luis, le rechaza; acuden todos sus parientes, y Elena, delante de todos, ofrece su mano á Luis, oído lo cual por Elisa se desmaya, causando el asombro de todos y haciendo comprender á Elena la verdad de todo.

En el acto tercero las intrigas continúan, y Luis, á cambio de su voto, entrega á Elena un documento declarando que la ha calumniado, y que sus entradas en la casa eran por Elisa. El Vizconde ofrece mil onzas por su voto á Luis, que finge aceptarlas, y el padre de Elisa le entrega una papeleta con su nombre, que su marido el Vizconde le cambia por otra con el suyo, que Luis á su vez, la obliga á trocar por la suya, resultando Luis con tres votos de los cinco parientes, que protestan en balde. Entonces se abre el segundo pliego, por el cual el señor Acuña declara que, conociendo á sus parientes, si estos ejercen en la elección coacción ó amaño, sea dueño de sus bienes su íntimo amigo Hinestrosa, que conoce sus sentimientos. Elena enseña á Hinestrosa la carta de Luis, y el abogado dedica los quince millones de su amigo á fundar un asilo para ancianos y niños, que se llamará *Asilo de Acuña*. Elisa, abandonada de su marido el Vizconde, cae en brazos de su padre, que no duda en confesar que su avaricia la ha perdido, y la viuda, cada vez más enamorada, suplica á Hinestrosa que admita su fortuna para el *Asilo de Acuña*, pues confía que su bufete ha de producir lo bastante para mantenerse ambos, probando al mundo con cuánta razón decía su malogrado cuñado el Sr. Acuña, que *el dinero no es la felicidad*.

Tal es el argumento de esta obra, rica en detalles, y cuyos personajes, representantes unos de la virtud y de la honradez más sublime, y otros de la más repugnante vileza y de la más negra ingratitud, forman un bellissimo cuadro de la sociedad actual: quizás es inverosímil que Elisa, apenas casada, entregue su amor á Luis; pues no pudiendo amar en él la virtud, no hallamos diferencia entre éste y su marido, y nada, por tanto justifica este amor: el medio de que Hinestrosa se vale en el acto segundo para saber si Elena es honrada, no nos parece el más propio, y después del desmayo de Elisa, cuando Elena ofrece su mano á Luis, es imposible que su padre, su marido y todos, en fin, no comprendan que la mujer por quien el desconocido salía todas las noches del jardín era ella. El acto tercero resulta bastante frío, y el autor ha hecho grandes esfuerzos para entretener un tanto al espectador con ciertas historias, que si bien contadas, no ostentan otro mérito á nuestros ojos que retratar aún más detalladamente el repugnante tipo de Luis.

Así y todo, la obra merece verse para meditar sobre ciertos personajes de nuestra sociedad, verdaderos sepulcros blanqueados.

La ejecución es admirable por parte de todos, y nosotros cumplimos un grato deber felicitando á la señorita Boldun, que en esta obra ha rayado á grande altura, y á la Elisa Mendoza-Tenorio; á Mario, que ha hecho en el Luis Herrera un tipo perfectamente acabado; á Calvo, que en el Hinestrosa ha conquistado justos aplausos, y á los Sres. Alisedo, Maza, Pizarroso y Pardiñas.

E. RODRIGUEZ-SOLIS.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

(De la edicion de lujo).

1.º Traje de medio luto para niñas de cinco á diez años.—Vestido de cachemir blanco, adornado con bieses y rizados negros; corpiño con largas aldetas, escotado sobre cachemir blanco, adornado con botones y bieses; manga ancha, guarnecida con bieses; sombrero de castor con pluma blanca.

2.º Traje de medio luto.—Vestido de faya negra: primera falda lisa; túnica adornada con tableados y formando puff por detrás; corpiño con aldetas redondas, abierto y abotonado con pasamanería; mangas abiertas hasta el codo, y adornadas con tableados y botones; sombrero de crespon con gasa y borlas de azabache.

3.º Traje para recibir.—Vestido con listas de raso violeta, adornado con guipur blanco; un tableado de raso violeta con cabecilla de guipure blanca, rodea la túnica y forma cola por detrás; *Watteau* de raso violeta redondo sobre corpiño liso con listas violeta. En las mangas el mismo adorno, lazos de raso en los hombros, en las mangas y en el cabello.

Este traje es de suprema distincion.

EXPLICACION DEL FIGURIN EN NEGRO

(De la edicion económica).

1.º Vestido de seda marron y gris claro. Falda rasante color gris, adornada con un volante fruncido, bordado con terciopelo marron; dos anchos bieses de terciopelo están colocados á la cabeza del volante; polonesa redonda por delante, formando puff por detrás, adornada con terciopelo y fleco gris; manteleta con puntas y guarnecida con fleco; berta cuadrada de terciopelo; sombrero ovalado con el ala vuelta.

2.º Traje de faya con cola. La falda está adornada por un bies, bordeado con raso y formando dibujo; segunda falda muy corta, redonda por detrás; corpiño con aldetas, y cuello y mangas de encaje.

EXPLICACION DEL GRABADO DEL TEXTO.

1.º Vestido de satin. La primera falda con un volante, bullon y cabecilla; segunda falda, redonda por detrás y recogida por los lados; corpiño con aldetas; abrigo de cachemir figurando *tachelich*, recogido por detrás y cruzado por delante; sombrero de castor negro, adornado con terciopelo y plumas.

2.º Vestido de popelina gris perla, liso y de cola, adornado con terciopelo negro: por delante tiene un segundo terciopelo, cogido á cada lado por un lazo; casaca ajustada, corta por delante, abierta por detrás, adornada con un volante de faya, que guarnece las dos solapas de los lados; esta distinguida casaca lleva además adorno de pasamanería y *guipure* en la cabecilla, y un lazo en el talle. Pantuflos de terciopelo negro con lazos de encaje y tacones altos.

VARIEDADES.

CANTARES.

I.

Caminito de la vida
tropecé con el amor,
de resultas de aquel golpe
tengo enfermo el corazon.

II.

Sé que el alma estás robándome
y yo robármela dejo....
¿qué han de robar sino almas
los angelitos del cielo?

El proscrito del Almendares.

MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.